

EL PENSIL DE IBERIA.

REVISTA UNIVERSAL CONTEMPORANEA.

COLABORADORES.

Sra. D.^a Margarita P. de Celis.
 „ María J. Zapata.
 „ Rosa Butler.
 „ Rosa Marina.
 Sr. D. Antonio I. Cervera.
 „ Antonio Quiles.
 „ Antonio Negrete.

Sr. D. Andrés G. de Gaviria.
 „ Benigno J. Martinez.
 „ Domingo de la Vega.
 „ Federico Ferredon.
 „ Federico Beltran.
 „ Fernando Garrido.
 „ Francisco P. de Puente.

Sr. D. Francisco de S. Brandau.
 „ Joaquín M.^a da-Silva.
 „ Joaquín M. Martos.
 „ Joaquín Fiol.
 „ José Bartorelo.
 „ José Francisco Vieh.
 „ José Moreno Fuentes.

Sr. D. Manuel Jimenez.
 „ Narciso Monturiol.
 „ Roberto Robert.
 „ Romualdo Lafuente.
 „ Roque Barcia.
 „ Sixto Cámara.

CONDICIONES MATERIALES DE LA PUBLICACION.—*El Pensil de Iberia* se reparte los dias 10, 20 y 30 de cada mes, y consta de cuatro pliegos de esmerada impresion.

PRECIOS DE SUSCRICION PAGADA ADELANTADA.—En Cádiz: Un mes, 3 rs.—Tres, 8.—Seis, 15.—Un año, 28.—En provincias: Un mes, 4 rs.—Tres, 10.—Seis, 19.—Un año, 35.—En Ultramar

y el extranjero: Tres meses, 57.—Seis, 110.—Un año, 200.—Se suscribe en Cádiz, en la Administracion, calle del Sacramento, núm. 33, (á donde se dirigirán toda clase de reclamaciones): en la librería de la Revista Médica y en la encuadernacion de Fábregas, calle de la Verónica.

En provincias, en las principales librerías.

SUMARIO.—Consideraciones sobre la guerra.—Poesía. La Menestrala.—Derechos y mision de la muger.—Mojigatoeracia periodística.—Amerigo Vespucio.—Cuatro meses en París.—Correspondencia particular del Pensil de Iberia.—Puntos de suscripcion.

CONSIDERACIONES SOBRE LA GUERRA.

II.

El espíritu de los pueblos modernos se ve profunda y violentamente agitado por todo lo que interesa ó se relaciona con la moral y con la religion. ¿Y quién puede dudar de que, por cualquiera de estos aspectos que se la considere, es la guerra el asunto mas digno de ser atentamente estudiado y definitivamente resuelto? ¿No es la guerra el enemigo mas temible de estas nobles aspiraciones del corazon humano?

La religion y la moral están, en efecto, tan directamente interesadas en esta cuestion, como que es la paz su condicion, su medio, su objeto, y su resultado mas ostensible. Ved, pues, cómo este asunto, cuya gravísima importancia no sabriamos encarecer bastante, interesa á la humanidad, y es, por lo tanto, del dominio del campesino como el hombre de estado, del rico como del pobre, del hombre como de la muger. ¿Y cómo no ser así, cuando domina la sociedad entera en sus pasiones, en sus intereses y hasta en su misma existencia? Y sin embargo, cosa estraña, solo hace algunos años que se piensa seriamente en la definitiva estincion de esta plaga, y que para ello se trabaja con entusiasmo, á pesar de cuantos obstáculos se opongan, por hombres cuyo solo deseo los ilustra.

Pero antes de pasar adelante, daremos una definicion de la guerra. La claridad y la exactitud en las definiciones es, sobre todo, necesaria en asuntos de la gravedad del presente. La mala inteligencia, el error sobre las cosas han nacido siempre del error sobre las palabras: por estas consideraciones procuraremos ser tan terminantes, tan esplicitos como nos sea posible.

La guerra es el homicidio elevado á su mas alta expresion, multiplicado en una progresion indefinida: veamos la prueba: ¿qué es el homicidio sino arrancar

violentamente la vida á su semejante? Y bien ¿cuál es el objeto de los ejércitos, en qué se emplean sino en destruir, en asesinar, mutilando horriblemente los hombres por miles y por centenares de miles? ¿Para qué sirven esas bayonetas, esos largos tubos de donde se lanza con fragor el plomo ardiente? ¿esas bocas de bronce, que vomitan la metralla en medio de atronadores bramidos? ¿Para qué sirven, repito, todos esos formidables aparatos de la guerra, sino para MATAR? Han perfeccionado el arte de asesinar, y no contentos todavía, han creado una ciencia del modo de destruir á los hombres, y han abierto escuelas costosísimas en que este arte funesto se enseña á la juventud, que corre á ellas con todo el inocente entusiasmo de su edad para aprender á servirse con destreza de los instrumentos de muerte, que el genio de la destruccion aumenta y perfecciona cada dia! ¿Cuál ha de llegar á ser el estado del alma de esas criaturas, á quienes desde la infancia se las enseña como cosa no solo útil sino gloriosa, el modo de clavar el puñal en el pecho del hermano, á dar una direccion infalible á las balas matadoras, y á preparar hábilmente la emboscada en que debe caer el hombre ignorante ó descuidado? ¿Y á esto se le llama pomposamente el arte de la guerra? Pero nó, esta calificacion no es suficiente, no es bastante expresiva; para que la condena de esta bárbara costumbre vaya envuelta en su propio nombre, es preciso llamarla por su nombre verdadero. La guerra es el arte de matar, la ciencia de destruir, de abatir, de ejecutar con perfeccion á su prójimo, es la premeditacion y ejecucion de innumerables homicidios.

Despues de definir la guerra, ¿necesitaremos demostrar que está en oposicion con la naturaleza del hombre, es decir, con sus pensamientos íntimos, con su forma, y por lo tanto con el destino para que el supremo legislador lo ha creado?

„Si se quiere observar atentamente la organizacion y la forma exterior del hombre, dice Erasmo en sus admirables escritos, se adquirirá el convencimiento de que la naturaleza no ha creado al hombre para la guerra, sino para la amistad y el amor; no para atacar y destruir, sino para unirse con los lazos de la fraternidad y de la benevolencia reciproca.“ Erasmo tenia razon. El amor y la amistad son los primeros bienes de la vida, los mas gratos al corazon humano, los que mas

contribuyen á la ventura de la sociedad. Y ¿qué es la PAZ sino el dulce lazo de la amistad *UNIENDO* las naciones? Y qué es la guerra si no el odio *DIVIDIENDO* los pueblos, las clases y las razas?

Si conducimos la guerra al tribunal de la moral, ¿podremos esperar gracia para ella? ¡Ay! la guerra es una fuente perenne de inmoralidad. Para convecernos, veamos el cuadro de los efectos que produce.

La guerra arranca á la agricultura los apoyos esenciales, los brazos que la esplotan, los animales y los instrumentos del trabajo, y á todas las esferas de la producción, de la actividad humana, la riqueza y los medios de producirla. Engendra y esparce en las naciones el espíritu de inmoralidad y de ferocidad, haciendo una virtud del desprecio de la vida, que es sin embargo el primer don del Creador y el mas precioso de los bienes del hombre.

Si la guerra enseña á los jefes de las naciones á despreciar la vida de sus súbditos, ¿cuán indiferentes no los hará por la de aquellos á quienes combaten? Cuando se les enuncia la muerte de un millar de sus soldados, apenas ponen atención; lo que procuran es averiguar la pérdida de su adversario. ¡Qué alegría se apodera de ellos si les dicen que se eleva á muchos miles ó centenares de miles! Con fiestas y regocijos públicos celebran la muerte de tantas criaturas humanas que ningún mal les habian hecho, á quienes probablemente no vieron jamás! El *Te-Deum* resuena en las bóvedas del santuario, y el nombre de Dios, ¡execrable profanación! ¡blasfemia horrible! se mezcla al espantoso cántico del sangriento vencedor! Los ayes de los heridos, el llanto de las viudas y de los huérfanos, cubiertos de luto, se ahogan y se pierden entre la repugnante algazara de la victoria!

¿En qué sitio vemos á la moral mas ultrajada, á la humanidad mas envilecida, mas arrastrada por el cieno, á los pies de los caballos, que en un campo de batalla.

¡Escuchais el siniestro rumor de esa multitud confusa! ¡los gritos furiosos que se elevan en los aires! ¡oid, es la carga que suena: voz de muerte, que los hace lanzarse unos contra otros como bestias feroces; ¡hédlos allí, que se ahogan, que se despedazan, siendo sucesivamente verdugos y víctimas! No piensan en defender sus vidas, sino en vencer ó morir matando.

¡Aquí el hermano se empapa en la sangre del hermano! ¡allí dos amigos combaten el uno contra el otro! dos amigos, sí, porque, en verdad, ¿no son todos los hombres hermanos y amigos segun las leyes de la razón, de la naturaleza y de la moral?

No descarga la muerte un solo golpe que no vaya á herir un sér que debe sernos querido como miembro de la gran familia de Dios, de Dios, el padre comun de todos los hombres.

Echad ahora, si os atreveis, una mirada sobre el rastro que señala el paso de los ejércitos beligerantes. Donde veais miles de hombre y de caballos horriblemente mutilados, enrojeciendo con su sangre la tierra, destruidas las cosechas, las aldeas ardiendo, los bosques talados, las doncellas violadas, los niños ahogados en la cuna, robadas las casas y los ganados, las madres privadas del apoyo de sus hijos, inmolados del modo mas cruel por el hierro y el fuego; al labrador que llora la pérdida de su cosecha, agobiado además por insoportables tributos; donde veais, repito todo esto, no dudeis que la guerra ha arrastrado por allí su carro sangriento, que solo ella tiene el triste privilegio de

producir estas afflictivas escenas, estos desgarradores efectos!!

¡Y á semejante plaga, Dios mio, se la honra, se la enaltece, y todavia en nuestro siglo presuntuoso se la levantan altares y se la somete el mundo!

Y si fuera esto solo, pero ¡ay! los males de la guerra se estienden en el espacio y en el tiempo á distancias considerables. Cada pais, cada generacion paga y sufre los gastos y los efectos de las guerras que hace, y de las que hicieron los otros pueblos y las otras generaciones. No se circunscriben, no, al campo de batalla sus males y sus resultados desastrosos! Podria decirse, sin temor de exagerar, que solo la guerra ha hecho imposible hasta hoy la abolición de la inmoralidad, porque lo que es un crimen en tiempo de paz, ella lo hace un acto meritorio; no solo disculpa, sino que ennoblece y premia á los crimenes, á cuyo nombre se estremece la conciencia y se subleva la razón. El resultado del combate, la fuerza y no la justicia ni el derecho, son la ley suprema de la guerra y de las naciones sujetas á su influjo. Rompe y desprecia los tratados, insulta á la buena fé, é inmolaba la inocencia y la virtud que no la pueden resistir, y estúpida esclava de la fuerza, se humilla ante al vencedor, llámese Alejandro, Atila ó Napoleon.

FERNANDO GARRIDO.

LA MENESTRALA.

De padres honrados; nací en noble cuna,
sin fausto, grandeza ni vano oropel;
oscura en el mundo, jamás la fortuna
tocó de mis lares el pobre dintel.

Exhausta del oro, miré con desdén
el brillo precioso del fino metal;
bendito, si el hombre le acoge risueño,
y alivia sus penas, consuela á su igual.

Bendito! que es fruto que encierra natura,
y abriga la tierra con lujo y amor;
y odiado el que emplea tan rica hermosura,
en vicios que obstruyen la senda de honor.

La negra desgracia meció con su arrullo
mis dias infantiles, y en ella crecí,
el fétido aliento sufrí del orgullo,
que el fiero anatema lanzó contra mí.

Plebeya, naciendo de noble linaje,
juzgárame el mundo esquivo y falaz,
con frente serena, sufriendo mi ultraje
con alma tranquila estuve á su faz.

El mundo que eleva cual grandes portentos
sus ídolos vanos con ansia febril,
y pronto, mañana, y en leves fragmentos,
le arroja espontáneo cual polvo servil;

De qué le ha valido su alcurnia y solares
á aquella familia do vida encontré?
si el vil despotismo hundiendo sus lares,
dejóla abatida, la holló con su pié.

Loadas las almas que son generosas
del bien y justicia seguidas en pos;
noblezas adquieren y ostentan gloriosas
los títulos santos que emanan de Dios.

Nobleza en el alma tan solo desco,
afuera los timbres, que pobre nací,
los hechos infames detesto y afeo,
vengan del esclavo, del Rey baladí.

Y abrumba el trabajo mi triste existencia,
y sufre y decae mi tímido ser,
y el sueño abandono, buscando la ciencia
que el vano egoismo negó á la mujer.

Natura me ofrece su código santo,
sus páginas bellas de gran estension,
estudio, y gozosa me estáisio en su encanto,
¡cuán dulce es al alma tan bella lección!

Filósofos duchos y autores de nombre
que tanto sabeis y tanto escribís,
decid qué es la vida, decid que es el hombre,
yo quiero escucharos, saber que decís.

¿Qué importa que quiera cerrar nuestros labios
el sexo mas fuerte del nuestra mitad?
¿Qué importa que nieguen astutos los sabios
en ciencia y derechos la santa igualdad?

Si el padre de todos, que reina en la altura,
jamás por pequeña su hechura olvidó,
é inflama cual foco de amor y dulzura
al sexo que débil el hombre juzgó.

Siguiendo las artes entré en el gran mundo
cual niña inocente que anhela un edem,
sus flores marchitas y bellas confundo,
y errante buscaba la senda del bien.

Malezas y abismos hallé á cada paso,
lejano escuchaba terrible fragor,
y cuando creyera llegar al ocaso,
dejóme abatida tirano dolor.

La envidia y el dolo cruzaban do quiera,
hallar solo quise la fina amistad;
del mundo lejana acaso no impera,
cual reina en mi pecho amor y lealtad.

Mis pobres talentos buscaban por guía
estímulo y fruto de fiel proteccion;
fatal fué mi engaño, la negra falsia
selló con su dedo la infame traicion.

Y amores ansiaba mi pecho abrasado,
amor, que es la clave del mundo social:
amor que es la vida y el digno traslado
de aquel que derrama la luz divinal.

Mas ay! Imposibles soñaba ferviente,
por varios impulsos de edad juvenil;
juzgárame entonces cual pobre demente
delirios forjando con mente febril.

Cuál era mi dote? Modestia y decoro
comprados con llanto de oculta pasión:
sufrir me era dado, que el brillo del oro
los ojos de alguno cegó en la ambicion.

Volví á mis hogares sin paz ni esperanza,
mi tez marchitada de tanto penar!
Y un eco doliente se oyó en lontananza,
que triste acompaña mi amargo llorar.

Mas luego disipo con alma fogosa
mi estático tédio, y hallé inspiracion:
por ella la vida me fué deliciosa,
por ella gozaba de dulce expansion.

¿Podrán por ventura privarme tiranos
del astro radiante que inspira mi sien,
borrar pensamientos que nobles y ufanos
recorren la escala que eleva hácia el bien?

Y alzando su vuelo, cual nubes de bruma,
al trono se acercan de amor y verdad,
y sigue su impulso lijera mi pluma
llegando á las aras del Dios de bondad.

Mas nada valiera que el alma demuestre
el fuego que anima de sumo poder,
pues luego tornando al globo terrestre,
el hombre juzgóme *cual débil mujer*.

De qué me sirviera tan gran ardimiento?
De qué, mi entusiasmo fogoso y precoz?
Mi pluma en pedazos rompí en el momento,
ahogando en mi pecho mi trémula voz.

Jamás admirara grandezas ni nombre,
ni ricos tesoros ni régio blason:
tan solo cantara de Dios con el hombre,
el lazo sagrado, la paz y la union.

Siguiendo las artes, hallé de vil dolo
la imágen ingrata, y amores busqué;
su aroma embriagante llevósela Eolo,
y dura inconstancia al paso encontré.

Leyendo en natura sus líneas divinas,
mi mente exhaltada pensó describir,
cantar de sus leyes las sábias doctrinas,
mas pronto mi cuello doblé en el Nadir.

Tan solo me resta pequeño instrumento
que oscila en mi mano con ténue primor,
y gano afanosa mi corto sustento,
del fruto mezquino de fina labor.

Cual fuerte guerrero que armando en la cuja
mortífera lanza, se bate en la lid,
así es mi defensa mi dócil aguja,
y brilla lijera sin dolo ni ardid.

Disipo cual humo, fantasma ilusoria
que triste derrumba mi vago ideal.
Oscura es la vida, oscura es la historia
de aquella que el vulgo nombró *Menestral*.

Tú harás, Dios clemente, la dicha recobre
aquel que reclama tu dicha y favor.
Tú escudas al manso, socorres al pobre,
cual sol de justicia, cual foco de amor.

Concede, Dios santo, que goce algun dia,
tus leyes sagradas, y en grato placer
se asocien tus hijos en grata Armonía,
y el hombre comprenda su esencia, su ser.

Mugeres que viven en triste aislamiento,
henchidas sus almas de tierna pasión,
se encuentran sin guía, sin pan ni sustento,
ni saben, Dios grande, cual es su mision.

Y huirá la miseria, la usura y el vicio,
el robo, y el crimen de inicua maldad,
hallando en las séries su libre ejercicio,
y el aura sublime de *Fraternidad*.

MARIA JOSEFA ZAPATA.

DERECHOS Y MISION DE LA MUGER

POR

A. J. DAVIS.

(Traducido libremente del inglés, aumentado y anotado por el que suscribe.)

(CONTINUACION.)

El marido, al descargarse de las ocupaciones del día, vuela á los brazos de su dulce y eterna compañera, para buscar la tierna sonrisa que estalla de sus labios —el descanso, la paz, y gratas escenas de su bien organizada casa.

El hijo, al llegar á la virilidad, desea explorar regiones mas allá del sagrado recinto paternal; quiere viajar, y emprende el viaje; y despues que ha circumbalado mar y tierra para satisfacer su innato deseo por lo nuevo y lo bello no halla en todos los paises una palabra mas grata á su corazon, ni una cosa que impresione mas vivamente su espíritu como la *palabra y pensamiento de casa*.

El salir de *casa* produce tristeza; el volver á *casa*, alegría y delicia. Felices son aquellos que por su armonía y libertad de alma pueden no *salir* de casa, llevándola siempre consigo, siendo en sí la verdadera esencia y elementos de su constitucion.

Las bellezas y armonía de la *casa* dan inspiracion y poder al Poeta, al Filósofo, al Legislador, al artista; cuyas obras é influencias *encadenadas y medidas* son por las divinas y espirituales emanaciones, de que la muger impregna su casa.

La Muger es un espíritu de Amor,—es una Revelacion permanente de refinamiento, de gracia y belleza: y su poder es tal, que transfigurar puede su casa y el mundo en un delicioso paraíso.

Mas hase dicho tambien que la muger es terca, voluntariosa, amiga de realizar á todo trance sus caprichos —suscitando con esto discordias, desórdenes y disgustos en el hogar doméstico; lo que es cierto no pocas veces. Pero son muchas las causas de estas anomalías, que solo engendra el estado de subversion en que vivimos; y del que saldria pronto la humanidad entera, si los que tan inícuamente dirigen el movimiento social, se apresurasen á hacer comprender á la muger que le han sido usurpados sus mas nobles derechos, y que puede reclamarlos; porque la familia, á la cual preside, es el fundamento de la Estructura social, y que por tanto necesita igualmente que se le haga comprender cuáles son sus deberes, ó mejor, la naturaleza y estension de su divina influencia: que no ha nacido meramente para la esclava condicion de *cuidar de su casa é hijos*: que Dios la destina para objeto mas sublime y universal: que es para el pueblo, no solamente la Tierra, sino las Esferas espirituales y los Cielos: que la *firmeza y determinacion* son indispensables para el pronto y fiel cumplimiento de sus deberes—que la armonía puede establecerse en la Esfera de la niñez y de la Casa; de modo que el marido y los hijos puedan recíprocamente comunicarla á su Alma y á la Sociedad: que necesita estar en posesion de una residencia que permanentemente acalore con su aliento; y situada en medio de elevadas, buenas y bellas escenas: que necesita por último, y puede reclamarlo, el que se la ilustre sobre todos estos puntos, y se le abran vias para hacer mas naturales, justas, y felices sus relaciones conyugales, maternas y domésticas. Hágasele esta justicia, y la Muger no será mas acusada de ser alguna vez trastornadora del orden en la

familia, ni se la considerará escasa de aquellas espirituales é irresistibles influencias, que deben constituir y penetrar cada departamento de la casa y santifica además con su divino aliento.

Consideremos ahora á la Muger en su tercera esfera de accion —en la esfera social. Segun sea la organizacion, educacion y situacion de la familia, así será la Estructura y caracteres de la Sociedad, pues este es el mas alto y estenso círculo de la vida humana, en el cual el Amor, ó Principio femenino, cosa es ya reconocida, ejerce la mas activa y positiva influencia. No debemos olvidar que la Muger construye la sociedad sobre los cimientos de la niñez, de donde salen los individuos —y tambien la *casa*, en donde se forma el marido; y así es que la sociedad es el fundamento de las Nacionalidades, en las que el principio femenino no puede natural y graciosamente entrar: pero que lanza hácia ellas torrentes de fraternal amor, y modifica la cualidad de esa pesada y opresiva atmósfera que ordinariamente circunda al sexo feo. Nunca mas amables, prontos y corteses se ostentan los mercaderes, banqueros, comerciantes y agiotistas en sus relaciones mútuas, que cuando el Espíritu de fraternal amor (ó las auras femeninas) procedentes de la Esposa, Madre, ó Hermana, habita entre ellos, y espontáneamente, y sin saberlo, dulcifican esas naturalezas de cal y canto.

La muger naturalmente derrama sobre las regiones intelectuales, un calor espiritual, que halaga, anima y mejora la condicion del alma estraviada, ó sumida en las tinieblas del crimen, y su poder es tal que el mas valiente campeón, ó caballero que inflamado sea por él para buenos ó malos fines, derramará hasta su última gota de sangre en la contienda. La amabilidad y ternura de la muger encantan: y sus manos, cual varita de virtudes, así domeña á una fiera civilizada, como á una fiera bárbara. Ella irradia de lo mas íntimo de su amor una espiritual y benéfica influencia magnética, que la comunica á todos, y con lo que igualmente subyuga y cautiva los entendimientos. La noble Pocohontas defendió al huésped caído, estando entre él y el feroz salvage: ella infundió en la rabiosa alma un torrente de amor y simpatía, que calmó la tormenta de la pasión, y de enemigos los hizo amigos. El poder de la muger sobre el hombre, no nos cansa rémos de repetirlo, es ilimitable é incalculable. La historia antigua contiene numerosas ilustraciones de esta verdad. La bella Delibah fué el *solo poder*, que los filisteos pudieron emplear para destruir á su terrible y poderoso enemigo. Sanson no quiso rendirse á nadie, sino á Ella. Y Holofernes pudo ser subyugado solamente por su hermosa visitadora —la valerosa y resuelta Judith. Los historiadores de todas las Naciones han immortalizado los nombres de muchas mugeres, cuyo interno poder y puras perfecciones han obrado casi milagros en los entendimientos de los héroes y de los bárbaros.

La constante asociacion con la muger de puras y cultas costumbres tiene por resultado el desarrollo de las nobles afecciones morales y religiosas. Algunas religiones han considerado, como indispensable hacer entrar el elemento femenino en sus combinaciones: el clero influencia primero al hombre incorporando el espresado elemento en las organizaciones de su iglesia. Las dos terceras partes de los hombres, grandes y pequeños, abrazan la religion que la muger prefiere; y por varias razones, no hay sino muy pocos, que aventurarse quieran á seguir otra.

"Sobre sus gastadas reputaciones no puede sostenerse ni llevarse adelante la gloriosísima restauración monárquico-religiosa, inaugurada, con tanta prudencia como energía, por los ilustres predecesores del actual gabinete.

"La santa causa del orden, no tiene solo por enemigos á los trastornadores de oficio; su mas temible escollo, son los torpes y los falsos amigos.

"Tan patriótica y tan humanitaria empresa, necesita hombres de fé, de valor, cuya moralidad y consecuencia política, no solo sean intachables, sino que ni aun la calumnia se haya atrevido á mancharlas con su ponzoñoso hábito.

"Es necesario que tengan un tacto esquisito en la elección de los funcionarios públicos, de los representantes de la autoridad en las provincias.

"Mas que á las afecciones personales, mas que á los pandillajes políticos debe atenderse á la moralidad, á la capacidad y á los sentimientos monárquico-religiosos de los elegidos."

—Regente, tome V. esas cuartillas y vuelva por el resto del primer fondo.

D. Ambrosio Pretende se las arrebató al vuelo y da al regente las primeras que antes habia devuelto.

—¿Qué haces?

—Regente, lleve V. esas cuartillas y mande V. por el final. Tú toma.

Y sacando del bolsillo un pliego cerrado en forma de oficio, se lo puso delante.

Era el nombramiento de gobernador de la provincia á que pensaba ir de secretario.

El flamante gobernador se quedó estático.

—¿Qué significa esto? ¿y por qué te estás callándolo con tanta flemma?

—Ya sabes que soy amigo de las sorpresas, sobre todo cuando son agradables.

—¿Y bien?

—El que iba de gobernador se queda en la corte con una barra mas gorda. Tu tio estaba presente cuando el arreglo y apoyado por el dimisionario pidió y obtuvo incontinenti el ascenso á gobernador del que debia ser secretario; y yo, por carambola, me voy contigo ocupando tu puesto. Tu tio que quedaba muy ocupado con S. E., me encargó viniera á darte la noticia. Por esto queria que nos despidiéramos dignamente de Madrid. Vaya, vámonos de una vez á ver á esas pobres chicas que se estarán impacientando.

Entra de nuevo el regente, y pide mas original de fondo.

—Voy á dar á V. el resto del primer artículo.

Y escribió lo que sigue:

"Difícilmente pudieran encontrarse en España mas altas capacidades, reputaciones mas inmaculadas, eminencias políticas mas protuberantes que las que felizmente nos gobiernan.

"Modelos de legalidad, de moralidad, de religiosidad, de caballerosidad, de energía y de prudencia, de amor al trono, de respeto á nuestras venerandas tradiciones, honran á la patria y su administración hará época en nuestra historia, legando á los venideros siglos inolvidables recuerdos, monumentos de su sabiduría, que serán los auríferos pedestales de su gloria y de nuestra dicha.

"¿Quién sino ellos podrian llevar á cabo la colosal, humanitaria y religiosa empresa de restaurar la fé de nuestros padres, de enaltecer los eternos principios sociales, papales y monárquicos, tan torpe y villanamente conculcados por la ruin canalla en los vergon-

zosos años de la borrasca demagógica, porque acabamos con tanto susto de atravesar?

"Por eso nuestra fé no vacila, ni enflaquece nuestro ánimo, apesar de los desesperados esfuerzos de los republicanos socialistas, para perturbar los espíritus, conmover las conciencias, y desquiciar, disolver la sociedad.

"El gobierno actual es la losa que cubre la tumba de la revolución.

"El cierra la calamitosa época de los motines y de los pronunciamientos golosos.

"El tendrá á raya á esa docena de falsos conservadores, cuyas ambiciones bastardas no temen comprometer la causa del orden á trueque de satisfacer sus bajas pasiones.

Mientras S. E. escribe lo que precede, el Sr. secretario borronea una cuartilla.

—Este es el fin del primer fondo.

—Este es el primer suelto.

—¿Qué es eso?

—Escucha.

Don Ambrosio Pretende leyó su cuartilla, que dice así:

"Ayer, segun nuestras noticias, han sido nombrados D. Lino Monarcagarro y D. Ambrosio Pretende, Gobernador el primer y secretario el segundo de las provincias adyacentes. Difícilmente pudiera el gobierno de S. M. (Q. D. G.) haber encontrado personas de mas capacidad, de mas sólidos sentimientos monárquico-religiosos que dichos Sres.

"Sus nombramientos son acertadísimos.

"Felicitamos por ellos al gobierno.

"Sigán los hombres del poder dando tales pruebas de inteligencia, y no teman los ataques de sus adversarios.

"La opinion publica, como el apoyo de la corona, no los abandonará jamás. Continúen dirigiendo el timon del Estado por tan buen derrotero, y no duden que llevarán á puerto seguro la combatida nave de la restauración; no teman, no, que zozobre el trono, que se vaya á pique la religion, que encaye la familia, ni que se ahogue la sociedad."

Cuando D. Ambrosio acabó la lectura, dijo á su amigo con trágico aplomo:

—¿Has visto en tu vida metáfora mas lógicamente desenvuelta? ¿No entrevées una cartera de ministro en los políticos horizontes del porvenir, para el recién nacido secretario?

Llévose el regente el fondo y el suelto.

Calzaronse los guantes, encendieron los cigarros, calzaronse los chapeos y salieron á la calle.

Al llegar á la puerta dijo D. Lino á D. Ambrosio:

—¿Qué te parece, nos llevamos á provincia las chicas de esta noche?

—Buen disparate. Hombres monárquico-religiosos como nosotros, no dan tales escándalos.

—Es Lola tan linda!

—Los representantes de la autoridad encuentran Lolas lindas en todas partes.

—Ah! mi tio!

—Dónde vais?

—¿Qué ocurre?

—Crisis!

—Crisis?

—Crisis!!!

—El ministro caerá probablemente esta noche. Los conservadores se dan tan buenas mañas... manejan la intriga, terrible arma palaciega!

—Que nos dá palo de ciego! Adios mi secretaría! Lino, corre, recoge aquel artículo y suprime del final el cáustico que aplicas á los conservadores. Los sediciosos de esta noche, podrán ser mañana los representantes del principio de autoridad.

—Esperaremos á última hora, y si amanecemos con crisis, aunque salga tarde el periódico, pondremos una advertencia, diciendo que se ha roto la forma, y nos contentaremos con el ditirambo contra los demagogos.

—Sí, sí, ahí que no duele, aprieta. Ese tema siempre es ministerial:

—Entretanto, esperaremos en Capellanes, la solución de la crisis.

—En Capellanes?

—¿Acaso les está prohibido bailar á los hombres monárquico-religiosos? También bailando se salva la sociedad.

—¡Muchacho!

—Tío, cada cosa á su tiempo, yo soy hombre de mi época.

F. GARRIDO.

CUATRO MESES EN PARÍS.

(CONTINUACION.)

Una ventaja tiene esta hipocresía maliciosa de París: el rico deja en todas partes una buena porción de lo que le sobra.

Ya sabe el lector las dos razones que tenia para querer salirme del restaurant Champeaux. Una razón era de hacienda, porque sabia que aquello era un juego de cubiletes, que se trataba de escamotar, y que mi humildísimo y trabajadísimo bolsillo iba á ser el escamotado. Otra razón, mas poderosa indudablemente, era de sentimiento. Me repugnaba, me repugna, quiera Dios que me repugne siempre, verme servido por caballeros, á quienes me es lícito injuriar con el apóstrofe de *garzones*.

La presencia de dos personas que traen aun encima el polvo del camino, en un gabinete de elegancia y buen tono, no pudo menos de producir en los asistentes cierta sensacion, impregnada á la vez de lástima y de burla. Afortunadamente mi muger y yo conocemos bastante bien lo que valen dos francos: con dos francos se compran unos guantes color de caña.

Nos avenimos, pues, á purgar el delito de *ser inconvenientes*, y perdonamos sin pesadumbre aquel inocente conato de la cultura parisiense.

Sobre esto digimos algunas palabras mi muger y yo, y los caballeros *garzones* que nos circuián estrechamente, formando en el espejo un grupo de cinco personas, una mesa y varios cubiertos, fallaron de propia autoridad que debíamos ser italianos. En este idioma nos preguntaron qué queríamos comer.

Perdonen Vds., señores,—no me atreví á llamarles *razones*;—no somos italianos: somos gentes que queremos comer, y que agradecerán á Vds. infinito que nos traigan pronto la lista de la fonda.

—V. perdone, respondió uno de ellos; (*pardon monsieur*) y trajo la lista.

Pedimos poco... ¿Cómo pedir mucho, quién pide con miedo? ¿Cómo no tener miedo, quien se ve bloqueado de luces, fraques, corbatas blancas y antos aromáticos mientras que su bolsillo baja la cabeza, y oye estrmeciendo como el reo á quien se vá á leer la sentencia? Pedimos poco, pero al fin pedimos...

Vino la cuenta, y en una cuartilla de papel azul, formando aguas, sin contar el borde dorado, leí 27 francos. Eché mano al bolsillo para pagar, y entretanto decia para mis adentros: si yo he venido aquí con el fin de comer; ¿qué necesidad tengo de pagar un papel azul, con canto dorado y aguas inglesas? ¿Qué necesidad tengo de pagar una lista encuadrada en forma de libro, con una cubierta magnífica? ¿Por qué he de pagar un frac que no me pongo, y una corbata que no he tocado, y una pomada que no he oído? Pero el cubilete estaba delante, el prestidigitador detrás, yo en medio, y mis 27 francos debian ser escamoteados sin recurso.

Después de pagar, saqué un cigarro como para reponerme del ataque sufrido; pero unos de los caballeros *garzones* acudió presuroso diciendo: *il n'est pas permis de fumer ici*. (No se permite fumar aquí.)

Salimos del restaurant Champeaux á las nueve y media.

Mi muger me dijo: lo que nos han puesto no vale diez francos. Hazme el favor de no volver á entrar en ninguna fonda, ni restaurant, ni almacén, ni aun taberna que huela á cosa de Champeaux.

Yo medité un momento camino de casa, y dije á mi mujer.

—No es París el bárbaro: los bárbaros somos nosotros. Los bárbaros son los extranjeros que no conocen á París y que siendo pobres se van á la mesa de los ricos: que despreciando la vanidad, van á ocupar la silla de los vanidosos: que teniendo su espíritu mas alto que esa civilización enfermiza y servil, llaman á la puerta de los *civilizados*. Los bárbaros somos nosotros, que en vez de buscar hombres que nos den de comer, pagamos tributo á los caballeros *garzones* y á los cubiletes de buen tono. Pero no, no eres bárbara tú que me sigues como la sombra al cuerpo: el bárbaro soy yo. Toda barbarie se ha de pagar en este mundo, porque la ley moral es la mas infalible y providente de todas las leyes: no me digas nada; ya pagué. ¡Dichosa barbarie la que no cuesta mas que 27 francos!

Llegamos á casa, mi muger se acostó, yo escribí las aventuras anteriores, después me fuí á la cama, y así terminó el día cinco.

(Se continuará.)

ROQUE BARCIA.

Correspondencia particular del Pensil de Iberia.

Badajoz.—Sr. Don J. F. Recibida su apreciable del 30 de Abril con la libranza de 10 rs. Se le servirá á V. la suscripción desde 1º de Abril hasta fin de Junio.

Villanueva de la Serena.—Sr. Don G. G. T. Recibida su apreciable, y servida la suscripción. Por el correo se ha escrito á V. con mas detalles.

Alpera.—Sr. Don J. J. N. Recibida su apreciable del 4 con los sellos. Le queda abonada su suscripción hasta fin de Junio.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, en la redacción del *Pensil de Iberia*, calle del Sacramento núm. 33, en la Revista Médica, plaza de la Constitución núm. 11, y en la librería de Fábregas hermanos, calle de la Verónica.—Alicante, D. Basilio Planelles, D. Antonio Pino.—Almería, D. Diego Mayoral.—Almendralejo, D. Juan Alvarez Feijóo.—Algeciras, D. Vicente García, D. Rafael de Muro.—Almadén, D. Francisco Ponce, D. Julian de la Puerta.—Alcañiz, D. Felipe Ibañez.—Antequera, D. Diego Galban.

EDITOR RESPONSABLE,

DON PEDRO LUIS CARNIAGO.

Cádiz: 1859.—Imprenta de la Revista Médica, á cargo de don Juan B. de Gaona, plaza de la Constitución, núm. 11.